

CAPÍTULO 1

*¿Qué importa la belleza de la flor
si nunca podrás olerla,
nunca podrás tocarla,
nunca podrás tenerla...?*

Hay errores que se pagan durante toda la vida y él había cometido uno imperdonable. Era lo que se repetía cada domingo mientras la veía divertirse con su amiga.

Llegaba al centro comercial entre risas y confidencias, recorría las tiendas en busca de algo bonito y, cuando estaba exhausta tras haberse probado mil modelitos, se tomaba algo fresco para refugiarse del calor de la tarde. Y mientras, Scott la observaba con el ceño fruncido y los puños apretados hasta doler. Maldecía entre dientes cada vez que sonreía, porque quería ser el motivo de su felicidad, y se le partía el corazón cuando se retiraba el pelo de los hombros, porque se moría por notar la suavidad de esas hebras entre los dedos. La miraba sin perder detalle, atesorando cada gesto en la memoria, como había estado haciendo desde el momento en que apareció en su vida.

Una orden de alejamiento le impedía acercarse y decirle que la quería como nunca había querido a nadie; hacía imposible que pudiera abrazarla hasta fundirla con su piel. No podía cogerla de la mano, ni mirarla a los ojos para demostrarle que estaría siempre a su lado para cuidar de ella. Lo habían condenado a estar lejos, solo le quedaba observarla desde la clandestinidad cada domingo mientras sentía que la herida en su alma se hacía cada vez más profunda.

Su móvil empezó a sonar y lo sacó del trance en el que se había sumido. Retrocedió asustado, con miedo a que ella pudie-

ra descubrirlo y, apoyado contra la cristalera de una *boutique*, cerró los ojos y dejó que el corazón latiera acelerado antes de centrar la atención en el teléfono.

—Ahora no, Robbin. Ahora no —musitó a la pantalla sin llegar a descolgar. No estaba de humor para los sermones de su amiga, ni para darle explicaciones sobre lo que estaba haciendo.

Ya sabía que no podía estar allí, pero le daba igual. Todos le decían que con el afán de verla se estaba cavando su propia tumba, pero... ¿qué sabían ellos de lo que él sentía? ¿Se estaba ahogando por no tenerla!

Las manos le temblaron cuando se las llevó a los ojos y los frotó por debajo de las gafas. Respiró hondo para infundirse confianza y volvió a asomar la cabeza cuando una risa cantarina le llegó entre el bullicio. Llevaba unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes que le había visto comprar semanas atrás. Se cruzaba de piernas con coquetería y no dejaba de mover las manos al hablar. Era condenadamente preciosa y él estaba perdido.

El pañuelo que llevaba atado en el bolso se desprendió de repente y cayó al suelo sin que ella se diera cuenta. El primer impulso de Scott fue ir a recogerlo para dárselo en persona y acariciarle los dedos al devolvérselo, pero al dar el primer paso, se detuvo de golpe. ¿Qué estaba haciendo? No podía acercarse, no podía ir contra la ley porque hacerlo significaría perderla para siempre.

Era mejor salir de allí. Cuando llegaba al extremo de perder el control de sus actos, lo más conveniente era volver a casa. Si continuaba espiándola un minuto más se olvidaría de las advertencias de su abogado y cometería una locura. Había soñado con llevársela lejos, poner el mundo a sus pies, hacerla feliz... Pero estaría cometiendo un nuevo error. Tal vez el último.

Se despidió en silencio y caminó con el peso del mundo hundiéndole los hombros. Volvería otro domingo. La espera-

ría en el mismo lugar, a la misma hora, con las mismas ganas de abrazarla. La esperaría siempre.

Justo en ese instante, movida por un impulso, ella se inclinó para recoger el pañuelo y miró en su dirección. Algo había cambiado a su alrededor, no supo explicar qué, pero sintió desazón en el alma, como una herida, como una pérdida.

Como un adiós.

CAPÍTULO 2

—Es demasiado temprano —gruñó Scott nada más responder al teléfono. Tenía una resaca de mil demonios, el aire acondicionado estaba apagado, hacía un calor asfixiante y, por los sutiles ruidos que llegaban del cuarto de baño, seguía acompañado. Odiaba despertarse acompañado. Odiaba que lo despertara el estridente sonido del móvil. Odiaba a Robbin porque sabía que le soltaría alguno de sus sermones cuando supiera que había vuelto a hacerlo—. Soy tu jefe, deja de acosarme. Además, es lunes. Dame un poco de tregua, ¿quieres?

—Fuiste a verla, ¿verdad? —preguntó Roberta Giles sin ambages. Había intentado hablar con él la mañana anterior, sin éxito, y cuando volvió a intentarlo por la tarde obtuvo el mismo resultado. Scott solo ignoraba el teléfono por un motivo y no tuvo la menor duda de que había vuelto a las andadas.

—¿Y qué más da? —Se desprezó con un enérgico levantar de brazos que distorsionó los tatuajes que se extendían por el pecho y costado izquierdo.

—Esto empieza a ser enfermizo. Hacía semanas que lo habías dejado estar, pero ya veo que te gusta jugar con fuego. Cuando se entere Montgomery...

—Solo fui a dar un paseo, no hice nada malo —se defendió mientras se incorporaba en la cama y observaba el revoltijo de sábanas a su alrededor.

La ropa de la noche anterior estaba desperdigada por el suelo y se entremezclaba con prendas femeninas que ya no deberían estar en su casa. En la mesilla, junto a sus gafas, vio un pequeño bolso de mano y el envoltorio de un preservativo. Sa-

cudió la cabeza al empezar a recordar cómo había terminado su escapada a Montreal y sacó los pies de la cama, dispuesto a imponer un poco de orden a sus pensamientos.

—¿Un paseo? ¡Son cinco horas y media de viaje, Scott!

Cinco horas para cinco minutos, se dijo. Robbin tenía razón, como siempre, pero se había levantado temprano el domingo y un aluvión de emociones se había adueñado de él en la soledad de aquel apartamento. No había podido evitar pensar, como tantas otras veces, en lo que hubieran hecho de haber estado juntos. Un paseo por la orilla del río Genesee escuchándola hablar del último libro que había leído, una visita al museo de ciencias donde, estaba seguro, aquellos ojos tan expresivos como tristes se abrirían con sorpresa ante los descubrimientos, un pícnic en cualquier jardín con el único sonido de su risa, esa fresca risa que lo hacía sonreír pese al dolor... Había tanto que hacer a su lado... Y ella estaba tan lejos que, cuando se levantaba echándola de menos con tanta intensidad como la de aquella mañana no había distancia que le impidiera verla.

—¿Puedo utilizar la toalla que hay colgada? —escuchó Robbin de fondo al otro lado de la línea.

Scott hizo un gesto con la mano para indicarle a la mujer que sí y compuso una mueca de fastidio al percibir el silencio de su amiga. Estaba seguro de que la había oído, tanto como de lo que vendría a continuación.

—¿Hay una mujer en tu casa? ¡No, no, espera! ¿Hay una mujer en tu ducha?

—Sí a ambas preguntas —respondió con un suspiro.

—¿Has pasado la noche con una mujer? ¡No me lo puedo creer, Scott! —No esperó respuesta, tampoco la necesitaba. No era la primera vez que sucedía aquello después de una visita a Montreal, pero tanto ella como Lana habían confiado en que esa necesidad de sexo sin más se aplacara con el tiempo—. Al menos dime que la conoces, que no es una cualquiera.

—Tiene cierto estilo —comentó mientras se ponía un pantalón corto y se acercaba de puntillas al cuarto de baño. El grifo de la ducha fue todo lo que oyó. Se aventuró a echar una ojeada sin hacer ruido y una nube de vaho le dio la bienvenida. Tras la mampara de cristal, la silueta de la mujer se perfilaba borrosa.

—Eso quiere decir que no la conoces. ¡Por lo que más quieras, Scott! No puedes volver a las andadas.

—No estoy volviendo a las andadas, solo ha sido una noche y ella ni siquiera debería estar aquí —se justificó—. Estaba hecho polvo, fui a tomar algo y me la encontré. Es una señora muy convincente, créeme.

—¿Señora? ¿De qué edad estamos hablando? —Robbin besó los labios de Lana para darle los buenos días cuando esta la sorprendió en la cocina y asintió en silencio a la pregunta de su pareja. ¡Claro que era Scott quien estaba al otro lado de la línea!

—No sé, cincuenta y cinco, sesenta como mucho —murmuró un tanto avergonzado. No le pareció tan mala idea cuando se acercó a él en la barra y entablaron una amigable conversación. A pesar de la edad, era una mujer en forma, interesante, atractiva y que conservaba intactos sus apetitos sexuales. Llegó a la cocina arrastrando los pies y sonrió al ver que quedaba café en el vaso de la cafetera. Se puso las gafas de repuesto, que estaban tiradas en la encimera, y ojeó el periódico de la semana anterior mientras daba sorbos al desayuno frío—. Oye, duendecillo, tengo que dejarte. Necesito un analgésico, una ducha y unos minutos para flagelarme, pero antes debo sacar a mi amiga de aquí sin herir sus sentimientos. Espero que no quiera quedarse a desayunar.

—Algún día, querido Scott, encontrarás a una mujer que ponga tu mundo del revés, y, cuando eso ocurra, estaré ahí para ver cómo sufres, cómo te supera la situación y cómo te

pesan todas las conquistas que vas acumulando. —Le encantaba dramatizar, aunque no lograría que Scott entrase en razón. Tal vez fuera un alma herida y apaleada por las mujeres de su vida, pero tenía un problema, tenía varios problemas con el sexo opuesto—. Y dicho esto... ¿A qué hora tienes la reunión con la gente de Lambert Resort? Lana me hizo repasar diez veces el diseño que te di el viernes por si había algún modo de...

—¡Joder! ¡La reunión! ¡Coño! ¡Me cago en...!

Se tiró el café encima al bajar del taburete de la cocina. Había olvidado la cita, pero si se daba prisa todavía podría llegar. Tarde, pero llegaría.

Lana había conseguido una reunión con el director adjunto del complejo turístico. Estaban pensando en realizar una reforma completa de los jardines, aprovechando que la temporada estival estaba resultando un poco floja. Lambert Resort había sido el lugar de moda, un inigualable remanso de paz y serenidad que simulaba la campiña florentina; perfecto para desintoxicarse, recuperarse de un retoque quirúrgico o, simplemente, descansar del ajetreo diario a cambio de unos cuantos miles de dólares.

Junto al hotel, de líneas palaciegas, la familia Lambert había construido las bodegas del mismo nombre, en las que se elaboraban caldos para paladares y bolsillos exquisitos. Las malas lenguas hablaban de la decadencia del viñedo y de la situación de asfixia que la familia vivía por culpa de las deudas que acumulaban las bodegas.

—La prensa dice que la ocupación ha caído en picado este verano y que están al borde de la quiebra —había comentado Lana en aquella cena en la que se fraguó el proyecto inicial.

—Lo que pasa es que los grandes centros vacacionales que se han construido en el lago Ontario le han quitado interés a un lugar arcaico y falto de una buena reforma —había añadido Robbin, siempre tan crítica.

—Pues entonces hagamos que Lambert Resort vuelva a estar de moda —les propuso Scott, entusiasmado con un proyecto de tal envergadura—. Al menos conseguiremos que esos jardines vuelvan a tener vida.

De eso hacía un par de meses ya. El verano se les había echado encima y a él se le había olvidado una cita tan importante para SN Garden. Robbin estaba en lo cierto, necesitaba centrarse de una vez.

Revolvió la ropa en el armario en busca de una camisa limpia y un pantalón decente, pero Nani, la mujer que le hacía las tareas domésticas, había sido abuela y estaba de visita en casa de su hija, en San Francisco. Él había puesto una lavadora la mañana anterior, justo antes de marcharse a Montreal, pero la ropa continuaba dentro de la máquina y, por alguna extraña razón, el tambor seguía lleno de agua.

Tomó una camisa cualquiera, con tiento de que fuera oscura, y se enfundó los pantalones que había llevado durante dos días. Eran unos vaqueros rotos, pero el efecto con la camisa y con la americana de paño no sería tan desastroso. Dejaría que su encanto natural hiciera el resto.

Cogió las llaves de la camioneta y corrió hacia la puerta con los zapatos en la mano. Justo cuando cerraba, se acordó de algo que le detuvo el latido del corazón.

—¡El proyecto! —exclamó. Retrocedió hasta la mesa del salón donde le aguardaba la carpeta con los diseños que quería mostrarle a la gente del *resort*. Era un buen trabajo; la oportunidad que Lana había conseguido era fundamental para el futuro de SN Garden y esperaba que el resultado de la reunión fuera el pasaporte a un encargo sin precedentes.

Blandió la carpeta en el aire y la besó, satisfecho. Iba dispuesto a todo, en la mente le bailoteaban cada una de las elocuentes frases que pensaba utilizar para acompañar las ilustraciones y los montajes fotográficos que había hecho Robbin.

Scott era un seductor, un hombre con don de gentes, con una personalidad abierta y conquistadora, tanto con hombres como con mujeres, y meterse en el bolsillo a un par de ricachones estirados sería coser y cantar. Estaba seguro, estaba animado, estaba... ¡Joder! Miró de nuevo el reloj cuando el ascensor llegó al sótano donde aparcaba la camioneta. ¡Llegaba tarde! Faltaban cinco minutos para las diez y le quedaban al menos treinta para llegar a Lambert.

—¡Toca correr! ¡Vamos, vamos, vamos! —se animó con entusiasmo. Si tenía suerte y no pillaba mucho tráfico, se retrasaría solo un cuarto de hora. ¿Quién no esperaba un cuarto de hora de cortesía?

Reguló el aire acondicionado de la camioneta y canturreó a voz en grito el tema que sonaba en la radio. *Bring me to life*, de Evanescence, siempre le ponía las pilas. Se estaba felicitando por su destreza en la conducción cuando la luz roja de un semáforo lo obligó a parar. Ese fue el detonante que le hizo dar un brinco en el asiento. Dejó de respirar una milésima de segundo, se agarró con fuerza al volante y compuso una cara de horror que se mezcló con una maldición.

—¡No! ¡Joder! ¡No, no, no! —Se golpeó la frente contra el claxon varias veces. ¿Cómo había podido olvidar que había una mujer en su cuarto de baño? Había salido con tanta prisa y tenía la cabeza tan embotada que la había borrado por completo. ¡Se había vuelto loco!

—¡Robbin! —Ella tenía unas llaves del apartamento. No le haría ninguna gracia salvarle el culo de esa forma, pero entendería la situación. Cuando escuchó el saludo de la chica elevó los ojos al techo y dio gracias por su suerte—. Necesito que me hagas un favor.

Mientras tanto, el sonido de agua en el baño había cesado y la mujer que había ocupado la ducha limpió el espejo para mirar

las sombras oscuras que se perfilaban bajo los ojos. Ni siquiera había deseado quedarse a dormir, pero últimamente se encontraba más cansada de lo habitual y la actividad física de la noche la había dejado exhausta.

No tenía por costumbre frecuentar clubs, pero los hombres con los que había cenado se habían empeñado en parecer adolescentes y, después del tercer combinado, se había dejado llevar por el ambiente cargado y la música excesiva. Haría cualquier cosa para potenciar sus negocios en Europa, pero para eso necesitaba liquidez y tenía la fórmula para llenar de nuevo su insuficiente cuenta corriente. Cuando todo estuviera resuelto, la posición de su hijo en la alta sociedad estaría asegurada y le daría igual lo que sucediese a partir de entonces. No le debía nada a nadie, ni siquiera a la ingrata de su hija. A veces la sangre era lo de menos y, a fin de cuentas, ella nunca había estado a la altura de las circunstancias.

Apartó ese tema de la mente y decidió centrar los pensamientos en algo mucho más placentero. No solía sonreír a extraños en la barra de los bares, pero esa noche lo hizo sin pensar. Perdida en la mirada azul de un joven bien parecido, rememoró tiempos pasados, tiempos felices en los que decenas de hombres se rifaban sus atenciones y la llamaban Lizzie al oído. A Henry jamás le gustó ese diminutivo, pero a ella le encantaba cualquier cosa que supusiera llevarle la contraria.

—Es una *Diphylleia grayi*, originaria de China —le dijo el chico. No tendría más de cuarenta años. Levantó la mano y tomó su collar entre los dedos. Luego, con delicadeza, acarició con el pulgar la flor de porcelana que llevaba prendida entre los pechos—. Las de verdad son una maravilla de la naturaleza. Comunes a simple vista, pero al contacto con la humedad, sufren una transformación sin igual y los pétalos se vuelven transparentes hasta parecer de cristal.

Se le veía triste, apagado, y, después de intercambiar algu-

nas palabras, se había sentido tan joven a su lado que se había atrevido a dar un paso más. Así había empezado la noche y, en ese momento, frente al reflejo de un rostro demacrado, sonrió satisfecha. A él pareció no importarle la diferencia de edad y a ella, acostumbrada a hoteles de lujo, no le molestó que su apartamento fuera una auténtica pocilga.

Se aplicó una buena base del maquillaje que llevaba en el bolso y se coloreó las mejillas con los polvos de sol que le daban ese aspecto tan saludable. No podía hacer mucho más, pero tampoco le importaba. En cuanto saliera de aquella casa iría directa a su sesión de *spa*. Allí no le hacía falta aparentar nada.

Abrió la puerta del cuarto de baño envuelta en una amplia toalla negra que olía a gel masculino. Miró a un lado y a otro del pasillo y el silencio le resultó de lo más extraño.

—¿Hola? —llamó mientras caminaba descalza hasta el salón, poniendo especial cuidado en ver dónde pisaba—. ¿Scott?

La idea de que se encontraba sola en aquel apartamento apestoso se afianzó al llegar al recibidor. Un furioso burbujeo le subió desde el estómago y gruñó con rabia. Se sentía denigrada, abandonada como una fulana. Abrió y cerró puertas para comprobar que sus sospechas eran acertadas, cuando por fin se convenció de que él se había marchado sin más, tomó los vasos en los que se habían bebido la última copa de la noche y los estrelló contra la pared de piedra que decoraba la zona del sofá.

Nadie volvería a tratarla así.